Lo que puede una mujer

George Ann Huck
Central College in the Yucatán

Desde las primeras líneas de *La tercera de sí misma*[1], el agudo e irónico Antonio Mira de Amescua capta la imaginación del público e invita a todos, en especial a las damas presentes, a participar libremente en las infinitas posibilidades de los engaños del disfraz. Al presentar su obra (que hoy día podría calificarse de feminista), Mira prepara al público a enfrentarse con problemas sociales dentro del contexto limitado de la escena teatral. Sin disculparse, concentra el mundo alrededor de dos mujeres que se resisten a ser marginadas y que al tomar las riendas del poder conmocionan su entorno. Por un momento, en el teatro, son ellas dos mujeres muy importantes, muy reales. Ofrecido todo dentro de la más absoluta exageración permitida por la fantasía, como si se tratara de un juego absurdo e infantil jugado por adultos y cuya acción la facilita la convención del teatro dentro del teatro.

El vehículo para esta delicia de regocijantes travesuras amorosas es Lucrecia, la bella Duquesa de Amalfi, desde el principio vestida con ropajes masculinos y haciéndose pasar por César. Lucrecia (César), que nos sorprende e invita a seguirla por el laberinto que Mira ha ideado para dramatizar la mezcla de «amor, ingenio y mujer». Asímismo, el criado Fabio y sus incredulidades son advertencias y llamadas de atención por parte del autor. Igual que él, tenemos las mismas dudas que los protagonistas acerca de la identidad de Lucrecia. Somos cómplices, conscientes de los riesgos y nos hace participar de un mundo delicioso, lleno de chismes y aventuras.

De inmediato se sabe que la Lucrecia vestida de hombre no es la tradicional mujer retraída. No está disfrazada para evitar el amor, sino precisamente para

1. Citaré siempre por mi edición de esta comedia (Valencia-Chapel Hill, Albatros Ediciones, 1981), señalando el número del verso.

lo contrario: para perseguirlo, alcanzarlo y conseguirlo. Sus afanes son ridiculizados por Fabio a quien tales apetencias románticas le producen un comentario (que da regocijo a los espectadores): «en ábito de hombre, sola, / y amante, tres cosas son / que más parece ficción / echa en comedia española» (L.9). Lucrecia está así disfrazada para perseguir al Duque de Mantua, con el que ni siquiera ha cruzado palabra y al que sólo ha visto una vez. Fabio no puede menos que condenar semejante locura: «Ese amor / flaco accidente sería» (L. 41).

Lucrecia no hace caso a su criado y se traslada a Mantua, dispuesta a arriesgarlo todo, honra, fortuna y amor. Se dirige a Fabio:

> Grande amor no se sujeta
> a la raçón, ni al consejos;
> los tuyos, Fabio, son banos
> que tienen balor pequeño
> cuando el amor se hace dueño
> de los afectos humanos. (L.3)

Como Mira pretende que todos los presentes en el teatro han sentido el amor, no hay quien no entienda las razones del disparate que comete Lucrecia, lo aprueben o no. Ahora, el hecho de cómo debe comportarse ella (y las espectadoras femeninas) de acuerdo con las costumbres en uso, es otra cosa. ¿Pero no es cierto que hay momentos en los que es necesario arriesgarse lo más audazmente posible? Es lo que Lucrecia hace, y reprocha a su criado sus advertencias que considera exageradas: «De mugeres que esto an echo / están las historias llenas» (L. 15).

Ella (y Mira, claro), sabe lo anormal de su conducta y le aclara a Fabio: «pero yo sola no doy / este ejemplo a las mujeres: / reynas hicieron lo mismo» (L. 19). Está consciente de lo que arriesga, tanto por ser mujer como duquesa, y el precio a pagar por desviarse de una serie de patrones de conducta. Lucrecia, al tomar esa determinación, se vuelve vulnerable: ha decidido no sólo perseguir el amor sino conseguirlo. No sólo se vulnera al buscarlo agresivamente, sino que el mismo disfraz protector la pone en peligro y en algo mucho peor aún: en ridículo. Eso por no mencionar su honra.

Para Lucrecia, sin embargo, sus planes se transforman al ser avisada de que los rumores que corren por Mantua son de que el Duque está comprometido con

Porcia, Condesa de la Flor. De hecho, están a punto de casarse. La desilusión hace presa de Lucrecia y se lamenta «¡Ay Duque esto! ¡Ay Duque el otro! ¡Ay que rigurosa estrella!» (L. 81); pero para nada está dispuesta a consolarse con ese triste final. Con frialdad analiza la situación y de pronto, segura de sí, pide ayuda a temerosos criados. Dirigiéndose a ellos (y a los apocados en el público), les recuerda que «nunca dieron fabor / la fortuna y el amor / al que ha nacido cobarde» (L.107). Lucrecia, lo opuesto a la mujercita indecisa, débil y sumisa, avanza en sus planes pidiendo «que los astros de los cielos, / aunque adbersos, an de ver / lo que puede una muger, / con ingenio, amor y celos» (L.128).

Fingiéndose perseguida, Lucrecia (César) pide a gritos auxilio al duque de Mantua quien ha comentado con su ayudante Otavio su compromiso con Porcia, a la que sólo conoce por su fama de hermosa. Ella no llega aún a Mantua, lo que Lucrecia (César) aprovecha para contar a los dos hombres una descabellada historia en la que involucra a su ama, la bellísima duquesa de Amalfi (ella misma), de la que se enamoró. (A los espectadores, Lucrecia se dirige disculpándose: «La alabanza en boca propia, / dicen, que es cosa muy bil» (L. 194) ¿Por qué huyó de ella? Y astutamente Lucrecia (César) dice a sus salvadores que no soportó oir a la Duquesa lamentarse por sus amores con el duque de Mantua. Éste y Otavio se quedan atónitos ante lo que acaban de escuchar y más por lo que sigue. Lucrecia (César) prepara nuevas tácticas: comienza por despreciar la belleza de Porcia, a la que dice haber conocido en Flor y la acusa de haber puesto «los ojos en mí / haciendo al rostro del alma / un transparente viril» (L. 291). En su papel de macho convencional, a Lucrecia (César) no le quedó más remedio que corresponder: «Enláceme como yedra / en sus muros de safir, / y en dos ojos de clavel / toda el alma la bebí» (L. 318).

Es el escándalo. El Duque cree enloquecer mientras Lucrecia (César) no deja de difamarla: «Como inbidioso Caín, / contra mi inocencia embía / estos hombres contra mí» (L. 369) (Lucrecia y el público se regocijan de las desventuras del infeliz duque que despotrica contra las riquezas y la costumbre de elegir esposa sólo por su fama). El desventurado cancela su compromiso con Porcia y a Lucrecia (César) ofrece empleo para tenerlo(la) siempre presente como recordatorio de su estupidez. Al salir de escena, Lucrecia (César) recuerda a los espectadores: «Bea el modo / lo que saben conseguir / amor, ingenio y muger: / César soy, pues que bencí».

Hace mutis victoriosa, pero es fácil imaginar los gritos del público lanzados a esa Lucrecia tan decidida y atrevida que no respetaba barreras y que cuestionaba con su comportamiento la moralidad en uso de una determinada clase social.

Como dramaturgo y observador de la conducta humana, Mira de Amescua supo que abría otra perspectiva a los hombres y a las mujeres de su época, al menos a los que asistían al teatro. Las mujeres que acudían a las representaciones tenían obligadamente que ver en esas obras una nueva visión de lo que la mujer era capaz por la sencilla razón del papel protagónico desempeñado por ellas. Les gustara o no, la audiencia masculina tenía que escuchar la perspectiva de las cosas tanto de Lucrecia como de Porcia con respecto a temas comunes a la mayoría como podían ser las relaciones entre hombres y mujeres. El amor, el matrimonio e incluso (¿por qué no?) los derechos de una minoría femenina. Que la gente cambiara o no cambiara en su conducta con estas obras no impedía que añadiera otra evaluación, una nueva profundidad al conocimiento, una posibilidad de cambio.

Lucrecia vestida de hombre llenó seguramente de mil fantasías las cabezas de las mujeres, al igual que lo hizo ese modelo de feminidad que es la bella Porcia, condesa de Flor. Una bella sí, pero con problemas tan graves como los de Lucrecia. Tiene que tomar decisiones, elegir y finalmente rebelarse antes que someterse al poder del hombre.

Porcia, mientras tanto, ignorante de todo lo que ha ocurrido, viaja rumbo a Mantua a encontrarse con el duque. La acompaña Fisberto, abusivo y encimoso empleado del duque, al que ella no podía sufrir, según confiesa a su dama. Por él siente «adversión de estrella» (L.457). También viene triste y preocupada por su próximo matrimonio: «ni él me a bisto y ser pudiera / que de su gusto no fuera, / o él no me agradara a mí» (L.519). Porcia está llena de dudas. El compromiso no le resulta muy convincente y teme que «si por desdicha mía / el Duque me pareciera / como Fisberto muriera / de eterna melancolía» (L. 532), Fisberto se aprovecha de la situación: es incapaz de controlar su lujuria, se pone de acuerdo con un criado para que éste lo identifique como el Duque de Mantua. El engaño resulta y finge enojarse, pero en realidad es ya libre para acosar a Porcia haciéndose pasar por el Duque: «ya de aquí en adelante / pretendo buestro favor / con más piadoso rigor; / dueño soy de essa belleza» (L. 607).

Porcia se decepciona del que cree es el duque y lo rechaza ante un expectante público atento a ver cómo consigue Porcia librarse de la situación. El hombre le pide que sea suya y ella lo calma: «Después», le dice. Fisberto insiste: ¿«Quándo»? Porcia promete falsamente: «Quando estés en tu palacio, señor» (L. 650). Le recuerda que aún no están casados y que «no es amor el descortés / [y] no es amor onesto aquel, / que gusto los hombres llaman» (L. 654).

Porcia pide consejo a su dama de compañía Marcela y lo que ésta dice podría casi decirlo cualquier espectador. Hay asombro y coraje por la necedad del hombre, pero a la vez incredulidad por atreverse su ama a rechazar a hombre tan rico y poderoso. Comenta cínica: «Después / tendrás amor con el trato». (Ante tal desfachatez, el público levanta en ese momento la mirada al techo mientras algunas damas se abanican nerviosas).

El autor hace a Porcia echar mano de su ingenio para que pueda volver a controlar la situación. Resuelve que «el mejor remedio es / dilatar mi casamiento, / o impedirlo» (L. 711) y cambia de táctica. Ahora es menos tajante y da a Fisberto esperanzas: le pide atrasar «algunos días / la elección que as echo en mí, / pues boy sin salud» (L. 725).

El mensajero del verdadero Duque entra en escena, pero cuando eso ocurre Fisberto ha puesto a Porcia y su dama en manos de unos campesinos (o «villanos» como los llama Mira). Salen las dos y Porcia, más decidida que nunca a no perder su libertad, dice a su dama: «Si de ésta escapo, / Marcela, yo me casaré a mi gusto» (L. 783).

Por su viveza y experiencia, Porcia se sabe segura de cómo engañar y manipular a Fisberto (Duque) al decirle que no puede entregarse a él por estar «sin salud», refiriéndose obviamente a la menstruación, pero Fisberto volverá a insistir y pone tres días de plazo para que el acto se consume. Lo escucha, pero ella ya tomó una determinación. Segura y animada, ve a Marcela: «Ya sé, tras barios antojos, / que la elección del marido, / no a de entrar por el oído, / porque el sí, an de dar los ojos; / y a Flor nos volvemos» (L. 977).

Paralelo a estos enredos, Mira plantea otra situación contrastante: la de los pastores Gila y Cosme, en cuya aldea se encuentran Porcia y su dama. Quieren casarse y su coqueteo es abierto y directo, todo lo contrario de las reprimidas Porcia y Lucrecia. Entre Gila y Cosme hay también mucho parloteo, pero en

ningún momento las hipocresías, falsedades y mentiras en las que caen las dos damas de alcurnia. Gila será todo lo descarada y mandona que se quiera, pero no más que eso.

El «amor, ingenio y muger» continúa su curso. Aparece Lucrecia (vestida aún como César) leyendo una carta, tiene un retrato en la mano. Atrás de ella, el Duque, su hermano el Conde y Camilo, quien ha notificado que Porcia regresó a Flor. El Duque cree que la carta es de ésta, pero Lucrecia (César) se niega a mostrársela. Los espectadores sospechan que algo raro pasa y tienen razón: la carta es de la duquesa Lucrecia de Amalfi a su criado César y el retrato es igualmente el de ella. Ante la audiencia nerviosa, Lucrecia (César) lo muestra. «Aunque me tengan presente, / el retrato es diferente; / con el trage y los cabellos / quiérome llegar a ellos» (L. 1086). Obviamente, para Mira de Amescua, Lucrecia ya es aquí la autopromoción descarada; o sea *La tercera de sí misma.*

El Duque no se convence y casi hace perder la compostura a Lucrecia (César) al decir con una mueca de disgusto que no le agrada la mujer de «baronil gentileza». Ella se muestra celosa e impaciente y prácticamente está a punto de descubrirle al Duque su identidad, pero éste la detiene: «César, César, no ay amor / si no lo dan las estrellas» (L. 1135). El Conde sí cree en el destino. Se ha enamorado del retrato y a Lucrecia (César) le hace la observación de su increíble parecido con el mismo. Descontrolada, sólo alcanza a balbucear que «algunos an sospechado / que mi madre» (L.1169), y el público no puede menos que reaccionar escandalizado ante la villanía de Lucrecia, capaz de llegar hasta difamar a su madre con tal de conseguir sus propósitos. Lucrecia (César) escucha la protesta del público y le advierte que «aunque desprecios escucho, / que al fin, al fin pueden mucho, / amor, ingenio y muger» (L. 1172).

Mira, sin duda, ha convencido a los espectadores después del primer acto que la mujer puede llegar muy lejos siempre y cuando se lo proponga. No importa que sus ideas las haya expresado dentro de un contexto tan limitado y poco inquietante como lo es el teatro, pero como quiera que sea es evidente que reconocía los problemas sociales de la mujer de su tiempo.

En el segundo acto, Porcia y su dama de compañía están vestidas de campesinas. Una se llama Nise y la otra Pascuala. Tratan de convencer al necio Cosme que las acompañe de regreso a Flor. En eso están cuando aparece el verdadero duque que al instante queda prendado de Nise (Porcia), quien a su

vez lo provoca. Pronto, sin embargo, comienzan nuevos trastornos: ella pregunta a él quién es y el Duque responde que Fisberto, criado del duque de Mantua.

No mucho después, el verdadero Fisberto entra a escena y se sorprende de ver a su señor con Porcia y más aún cuando para disimular, se dirige a él como si fuera el amo. («No ay esperança; ella buscó su bengança; / que maravilla de mujer»; L. 1549). Los enredos y complicaciones se multiplican porque tanto Fisberto como el Duque son copartícipes de los malos entendidos.

Lucrecia (César), aparece en el bosque y sigue con su juego de aparentar ser hermano bastardo de la duquesa de Amalfi. El Conde quiere que lo acompañe a visitar a la Duquesa, pero Lucrecia (César) sortea el problema al fingir un accidente cubriéndose de sangre. Lo que hace a continuación es disfrazarse de campesina, para que el embrollo se vuelva aún más complicado. Ahora, las campesinas falsas son tres (Lucrecia, Porcia y su dama) y la lucha por los favores del Duque se intensifica al llegar éste con el Conde y el criado Fisberto. Sobre el escenario, todos protagonizan divertidas escaramuzas vodevilescas: los celos y las sospechas van y vienen, las verdaderas identidades están a punto de ser descubiertas y la escena se vuelve una fiesta de equívocos y engaños, intercambios de miradas, gestos furtivos y sospechas por todos lados. Al final, una celosa y enojadísima Lucrecia abandona la escena reconociendo (para sí y ante el público), que «no son hijos del amor, sino del honor estos zelos» (L. 2251); y que lo peor de todo es que ha sido la «tercera de mí misma por mi mal» (L. 2259). El duque ríe, no así el enamorado Conde ni tampoco los espectadores, testigos escandalizados (es de suponer) de la furiosa reacción de tan sorprendente mujer como es Lucrecia.

Los enredos de *La tercera de sí misma* se convierten en interminables triangulaciones donde la honra y el honor de las mujeres es lo que, en realidad, está en juego. Las maldiciones a ellas, a sus ligerezas y devaneos abundan: «Fácil, torpe, hermosa, infiel» (L. 2317), grita el celoso y encolerizado criado Fisberto a la falsa campesina Porcia, a la que quiere hacer suya. «Unas flores no son libianos fabores, / no son libianas promesas» (L. 2344), se defiende ella ante los insultos. Porcia, que ha entregado su amor al Duque, se entristece al sentirse víctima de chismorreos. El galán, antes fascinante, deja de serlo y la ira femenina alcanza nueva fuerza al aparecer de nuevo el Duque («más ingrato y más traydor / que doméstica serpiente» (L.2392)).

El Duque, perplejo de que una aldeana le hable en aquel tono, interroga a los campesinos Cosme y Gila. Ésta, celosa también, informa que Nise es una infame «muger arta de andar con los unos y los otros» (L. 2537). El desconsuelo es ahora del Duque.

La que no se da por vencida es Lucrecia (César) más decidida que nunca a hacer a un lado la máscara y presentarse como lo que es, la duquesa de Amalfi. Ella es la personificación de lo arrebatado, lo apasionado, la intrigante mujer dispuesta a perseguir el amor como si fuera este una presa. Armada de un arcabuz corre una vez más tras el amor con una determinación y una seguridad tales que ni su criado puede detenerla: «Si esto que quieres hazer / en un teatro se hiciera, / más de un curioso dijera: / ¿esso cómo puede ser?» (L. 2602). Sí puede ser porque ella sabe lo que hace: ayudada por su fiel criado se las arregla para toparse en el bosque con el duque y su hermano. Ya enfrentados, aquel muestra su inconformidad ante la mujer hostigadora: «quien caza en lo bedado, / tiene las armas perdidas» (L.2784), le dice a la cazadora Lucrecia. Coqueta y nerviosa, intenta una trampa y obliga al Duque a que la compare con el sol. Inútil, para él sólo hay amor si las estrellas lo deciden y su amor, el destino así lo decidió, es para la bella campesina Porcia. A lo más que llega es a comparar a Lucrecia no con el sol sino con la luna.

Era precisamente el rechazo lo que ella temía. El arcabuz se le cae de las manos. Trata de fingir indiferencia, pero su reacción inmediata es insultarlo con la típica fraseología de la mujer despreciada. Lo maldice y le desea que «con muger te cases / que ni te quiere bien, ni fe te guarde» (L. 2906). El Conde, allí junto, es testigo del desahogo y a él Lucrecia le dice: «vivas mucho, y mueras tarde, / y con muger te cases, / que te adore en estremo y fe te guarde» (L. 2933).

Después de recordar al público que todo amor está regido por las estrellas, el Duque va en busca de Porcia a casa del campesino y no poca es su sorpresa al verla salir despojada de su disfraz campesino. Porcia, quien aún cree que el Duque es Fisberto, anuncia en un acto desusado que por amor está dispuesta a hacerlo noble. El Duque, quien ahora sospecha la verdadera identidad de ella, recuerda los chismes de César y rechaza la proposición, por lo que Porcia, al sentirse despreciada lo amenaza: «Tuya soy, / o al Duque la mano doy» (L. 3076).

Inesperadamente aparece Lucrecia (César) ante el Duque y se acerca el momento de las aclaraciones finales. Lucrecia se identifica parcialmente y pide perdón por su comportamiento como la campesina Laura. Porcia se conmueve y la halaga porque no ha visto «muger más hermosa / en ábito de ombre» (L. 3225). Las dos intrigantes se abrazan muertas de risa mientras el Duque y Fisberto lo único que desean es ahorcar al descaradamente coqueto criado César. El momento dramático, la clave de toda la trama ocurre al preguntar Porcia a Lucrecia (César) donde va así vestida y ella responde que le lleva el Duque. A Porcia le da un vahído y con un «¡Ay, de mí!» se desvanece, pero Lucrecia la consuela y le dice que la ha engañado. A todo esto, el Duque las ha estado observando y al percatarse Lucrecia de su presencia, pregunta a Porcia (Nise) quién es en realidad. Al oír su nombre, ella se hunde. No por celos, porque ella misma ha dicho que sin amor no hay celos, sino porque sabe que el Duque está pensando en la cantidad de mentiras que le contó. Y así es: el Duque, sin saber si lo que siente es odio o amor, decide que el destino le ha sido fatal y que el criado César seguramente va a casarse con Porcia.

Aquí, todas las posibilidades dramáticas se modifican al llamar el Duque a Lucrecia (César) para hacerle un favor: «Vé, César a la duquesa / de Amalfi, dila que ya / el Duque el alma le da, / y por dueño la confiessa: / a muger ilustre y bella / con el tiempo tendré amor» (L.3305). ¿Será que piensa que Lucrecia es su destino, o que más vale pájaro en mano que ciento volando? Pero Lucrecia (César) no aguanta más y le confiesa que no tiene que ir lejos por ella: «Aquí la tienes, señor, / si as de casarte con ella, / César soy y Laura fuí; / ingenio, amor y muger / an tenido tal poder, / que soy tercera por ti / de mí misma» (L.3311).

Todo esto muestra sin duda que la búsqueda, la conquista y el poder sobre la fortuna es lo que la anima finalmente. Momentos antes, estaba convencida de haber perdido el juego y que no podía sentirse celosa porque no amaba. Sigue siendo atrevida cuando el Duque comprende el engaño y pide perdón a Porcia. Lucrecia quiere saber cómo va a recompensarle «la fe, la lealtad y la osadía» (L.3327) de tanto amor. El Duque sabe muy bien lo valiente que ha sido al confesarse, pero sólo puede ser con ella «agradecido» y «no enamorado». Lucrecia, por lo visto, no está dispuesta a dejar todo al azar, y lo que de seguro suena familiar a muchas mujeres, afirma convencida que, «no quiere marido sin amor» (L. 3344), lamentándose del poco poder de sus estrellas. Tan firme como

siempre, no tarda en anunciar al Conde: «Tu mano / es mi blasón soberano: / siempre agradecida fui» (L.3350). El Conde agradece a Dios, el Duque perdona al débil Fisberto porque es cosa natural rendirse ante tanta belleza y Gila sigue dominando a Cosme, empujándolo a solicitar la ayuda del Duque para casarse.

¿Es esta una comedia y por lo tanto un final feliz? Nos queda la duda. Porcia, a pesar de negarse a aceptar el papel de sumisa, se defiende de una manera menos agresiva y más tradicional que Lucrecia. Es víctima hasta que ella decidió no serlo. Y por fin es recompensada con el amor que soñó. La otra, Lucrecia, se ha atrevido a romper demasiadas reglas hasta poner dos veces en duda la honra de la mujer: la de Porcia y la de su propia madre. No le importa viajar sola con un criado, vestida de hombre, lucir el cuerpo en ropas masculinas, mostrar sus formas (las piernas con medias apretadas), con tal de conseguir lo que quiere. Sentimos al final que ya no le interesa tanto el Duque ni tampoco el Conde, aunque éste, en realidad, está loco por ella. Menos mal que Mira no permitió que el destino la apaleara tanto. Por supuesto no está perdonada como Fisberto, pero por lo menos sus esfuerzos de cazadora no fueron inútiles.

Mira, sin embargo, con toda esa libertad que parece brindar a la mujer, nos deja con una duda final. Lucrecia, la mujer de más de una personalidad, la que desafió al destino, ¿podrá vivir feliz con el Conde? A través de la catarsis cómica, el público ha sido testigo de lo que es capaz de llegar a hacer una mujer. Ahora bien, si tales cosas ocurren en la realidad o son mera ficción, eso ya es otro asunto.